



***La politicidad de la producción como fundamento técnico del marxismo obrerista (y post-obrerista). Andrea Fagioli (Universidad de Perugia)***

En sus trabajos de este comienzo del siglo XXI, los filósofos italianos Paolo Virno y Antonio Negri - autores que llamamos post-obreristas por la continuidad con el núcleo del pensamiento del obrerismo - proponen una genealogía de las formas de producir contemporáneas. Una genealogía que considera la conflictividad obrera como el motor del desarrollo capitalista. Esta conflictividad viene a ser el impulso a los cambios productivos, como los que socavaron poderosamente la forma de producir a lo largo de las últimas décadas.

Si bien en el interior del archipiélago obrerista no se dio una discusión sistemática sobre la técnica, nos parece que los planteamientos de estos autores presuponen una concepción anti-neutral de lo que Marx llama el secreto taller de la producción. Al contrario, la forma en la que se produce y en la que se distribuye la fuerza-de-trabajo alrededor de las máquinas es el terreno mismo de la lucha de clases.

Esbozar una tematización del tipo de anti-neutralidad de la técnica productiva que presupone el post-obrerismo, es el objetivo que se propone el siguiente trabajo.

**Una genealogía del capitalismo contemporáneo.** Usando la noción de genealogía, remitimos al significado que le dio Michel Foucault en la conferencia *Nietzsche, la genealogía y la historia*. Un significado que encaja perfectamente con el rechazo postobrerista a toda filosofía de la historia. La genealogía de Foucault se dirige, de hecho, en contra de cada tipo de sentido suprahistórico y el filósofo francés considera que la tarea genealógica es “percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona” (Foucault 1992: p.7). Siguiendo esta indicación metodológica, el punto de emergencia o de surgimiento de lo que podemos caracterizar con distintos nombres – postfordismo, capitalismo cognitivo, capitalismo inmaterial – no lo tenemos que buscar en el trabajo oscuro de un destino que pugna por manifestarse desde el primer momento. Al contrario, la emergencia se produce siempre en un determinado estado de fuerzas y su análisis debe mostrarnos el fuego de la batalla, la manera como luchan unas contra otras. En *Gramática de la multitud*, del año 2002, podemos afirmar que Virno está proponiendo una genealogía del capitalismo contemporáneo. En la primera de las *10 tesis sobre la multitud y el capitalismo postfordista* que cierran el texto, el filósofo propone claramente una hipótesis respecto de dónde se sitúa el punto de surgimiento del capitalismo contemporáneo en Italia. Escribe el autor:

el postfordismo fue inaugurado por conflictos centrados en figuras sociales que, a despecho de su aparente marginalidad, se iban a convertir en el auténtico punto de apoyo del nuevo ciclo de desarrollo capitalista (Virno 2003: 109)

Es decir que la nueva forma de producir que quita centralidad a la industria, y contemporáneamente al obrero que habitaba la fábrica moderna, surge como efecto de un conflicto. Desde esta perspectiva, no tenemos por lo tanto un capitalismo que en base a los avances tecnológicos de una época progresa de forma lineal a lo largo de una dirección predeterminada, y cuya gestión vendría a ser el problema político principal. Al contrario, la antecedencia de los conflictos respecto del desarrollo capitalista aparece de forma evidente. El capitalista reorganiza el proceso de producción frente a la conflictividad obrera. No independientemente de ella, sino como respuesta a ella, con el objetivo de satisfacer su única actividad vital, a saber: valorizarse. Como el filósofo aclara en la página siguiente:

La obra maestra del capitalismo italiano ha sido el haber transformado en recurso productivo los comportamientos que, en un primer momento, habían asumido los rasgos

del conflicto radical. La conversión de las propensiones colectivas del movimiento del 77 – éxodo de la fábrica, rechazo del puesto fijo, familiaridad con saberes y redes comunicativas – en un renovado concepto de profesionalidad (...) es el resultado más valioso de la *contrarrevolución* italiana (entendiendo por “contrarrevolución” no la simple restauración del estado de cosas precedente, sino, literalmente, una *revolución en sentido contrario*, o sea una drástica innovación de la economía y las instituciones a fin de relanzar la productividad y el dominio político). (Virno 2003: 110)

En línea con los planteamientos expresados por Virno, encontramos la misma lógica en varios puntos de la obra de Negri y también en los libros que el filósofo italiano escribió en la última década con el estadounidense Michael Hardt. El Imperio, la figura que Negri y Hardt usan para describir la nueva soberanía post-estatal, encarna esa contrarrevolución. Es sobretodo en la tercera parte de Imperio, dedicada al pasaje de un paradigma productivo industrial a uno post-industrial, que los autores individualizan el motor del cambio en la conflictividad obrera y en el rechazo al modelo disciplinario. La salida de las formas de producción modernas y la entrada a la informatización de la producción posmoderna no fue guiada por la tecnología según un recorrido inscrito en ella, sino que fue la respuesta al gran rechazo que el proletariado mundial opuso al modelo entonces vigente. Esta nueva etapa, en la que nos encontramos en el día de hoy, se caracteriza por la prevalencia cuantitativa de fuerza-de-trabajo empleada en los servicios, y ya no en las fábricas, pero – nos dicen los autores – está caracterizada también por una mutación de la producción industrial. Pero más allá de un análisis empírico, que convoca reflexiones fundamentales, lo que nos interesa aquí es cómo surge este nuevo paradigma productivo. Negri y Hardt son tajantes al respecto, cuando dicen que

el capital no tenía la necesidad de crear un nuevo paradigma (si hubiera sido capaz de hacerlo por sí solo) (...) El problema del capital era más bien el de dominar una nueva composición que se había constituido autónomamente en el cuadro de un complejo de nuevas relaciones con la naturaleza y el trabajo (Hardt y Negri 2000: p.259)

Lo que plantean es que el Imperio es una respuesta, que a nivel mundial hace frente al rechazo del paradigma disciplinario típico de las sociedades modernas y que se habría tornado incapaz de contener los deseos y las necesidades de las jóvenes generaciones. La integración en un régimen de fábrica social, que había sido el sueño de sus padres, de pronto pareció intolerable para una generación que veía como una pesadilla un trabajo estable ocho horas por día durante 50 semanas al año. Y el mismo rechazo, según la interpretación de Hardt y Negri, se manifestó tanto en los países capitalistas, como en los de bloque soviético. Los autores plantean derechamente que la caída de Unión Soviética no fue causada por la guerra fría, la competencia para las armas nucleares y la producción industrial. Sobre ese terreno Unión Soviética habría podido durar todavía muchísimo tiempo.

el desafío de la posmodernidad – escriben - no había sido lanzado por los enemigos, sino por la fuerza-de-trabajo caracterizada por una nueva composición intelectual y comunicativa. A causa de sus rasgos no-liberales, el régimen era completamente incapaz de responder de forma adecuada a los pedidos de las subjetividades (Hardt y Negri 2000: p.260)

Esto significa que, desde la perspectiva de los filósofos, la nueva forma de producir exigía una nueva subjetividad, distinta de la subjetividad moderna, y esta nueva subjetividad era incompatible con el sistema soviético. La Unión Soviética sólo podía funcionar con un modelo disciplinario basado en sujetos tayloristas y fordistas. Cuando la fuerza-de-trabajo lanza el desafío de la posmodernidad, el régimen se encuentra impotente. Las nuevas tecnologías cibernéticas más avanzadas exigían subjetividades que la dictadura burócrata de Moscú no estaba a la altura de manejar. No podía organizar la infraestructura necesaria para la movilización posmoderna de la nueva fuerza-de-trabajo. La Unión Soviética fue derrotada por sujetos que querían ingresar a la posmodernidad. Dejemos de lado este problema, tan importante, del pasaje de una forma a otra de producción. Volvamos a lo que nos interesa del punto. Tanto el planteamiento de Negri y

Hardt, como el de Virno, del que hablamos anteriormente, remiten al núcleo original del obrerismo de los años '60.

**La revolución copernicana del obrerismo: antes la lucha obrera y después el desarrollo capitalista.** En los años '60 del siglo pasado, en Italia, a partir de Galvano Della Volpe se comienza por primera vez a leer la obra de Marx, ya que todo el marxismo italiano anterior, incluido Gramsci, se había basado únicamente sobre la lectura de las Tesis sobre Feuerbach y las lecturas que de Marx habían dado Labriola y Gentile. La autoridad de Marx fue usada estratégicamente por un grupo de jóvenes intelectuales para escapar a la lectura toglattiana de Gramsci, centrada en las nociones de nación, pueblo y alianza entre obreros, campesinos e intelectuales. En este marco, Mario Tronti, figura central del primer obrerismo, da un paso más y vuelve a lo que considera el gran descubrimiento de Marx: la clase obrera. Para Tronti, y para todo el pensamiento obrerista, el núcleo central de la relación de capital es el antagonismo. La clase es por lo tanto el sujeto político, porque representa el punto de vista parcial de ese antagonismo, al contrario del pueblo – de la lectura toglattiana de Gramsci - que disimulaba y matizaba ese antagonismo constitutivo de las relaciones de producción.

En el año 1964, en el primer número del periódico *Classe operaia*, considerada la revista obrerista por excelencia, Tronti publica un artículo titulado *Lenin in Inghilterra*, donde plantea lo que se conocerá como la Revolución copernicana del obrerismo, que plantea la subordinación del desarrollo capitalista a las luchas obreras. Se trata de uno de los textos más influyentes de esa herejía marxiana, con el cual la continuidad de Negri y Virno nos parece total. Escribe Tronti:

nosotros también vimos antes el desarrollo capitalista y después las luchas obreras. Es un error. Hay que invertir el problema, cambiarle el signo, re-empezar desde el comienzo: y el comienzo es la lucha de clase obrera. A nivel de capital socialmente desarrollado, el desarrollo capitalista está subordinado a las luchas obreras, viene después de ellas y a ellas tiene que hacer corresponder el mecanismo político de su misma producción” (Tronti 2006: p.87).

En otras palabras Tronti sostiene que el motor del “desarrollo” capitalista son las luchas de los trabajadores. Es decir que en una sociedad capitalista, aunque así nos parezca, no es el capital fijo el que estructura y re-estructura continuamente la manera de producir en base a los avances técnicos de su época y a la competencia con los demás capitalistas. Y después las luchas tienen que adecuarse a esas reestructuraciones. Al contrario, es la amenaza que la resistencia del trabajo vivo representa para la valorización del capital, el factor que empuja el desarrollo tecnológico-capitalista.

A primera vista, y este vendría a ser el error que admite Tronti, el capital fijo parece determinado por el estado de la técnica en una determinada época, etapa de un progreso lineal inscrito en ella, que avanza de forma independiente respecto de las relaciones de clase y del tipo de organización política que tiene alrededor. Se trata de una posición que no piensa posible cuestionar la forma de producir y que limita la posibilidad de crítica a la esfera externa de los salarios y de los consumos. Para el australiano Steve Wright esta perspectiva se parece mucho a la de Ricardo, que aceptaba como eternas las relaciones de producción y consideraba el campo propio de la Economía política limitado a la esfera de la distribución (Wright 2008). Esta postura, que podemos encontrar en varias partes de la obra de Marx, es la que adoptó también la mayoría de los marxistas del siglo XX.

**Quaderni rossi y la ruptura de Raniero Panzieri.** Llegamos así al punto central de esta ponencia. ¿Qué concepción de la técnica supone semejante planteamiento? Nos parece,

como ya adelantamos, que tiene su fundamento en la neutralidad, que remite a una concepción anti-instrumental. Un artículo del socialista Raniero Panzieri del año 1961 marca el punto de ruptura entre la concepción del movimiento obrero oficial - partido comunista, partido socialista y Confederación general del trabajo (Cgil) – que miraba al desarrollo tecnológico como a una fuerza autónoma y naturalmente progresiva que había que manejar, y la herejía obrerista. En el primer número de la revista *Quaderni rossi*, Panzieri publica un ensayo titulado *Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo*. Acá plantea que la máquina es un arma en las manos del capitalista. La centralidad de este ensayo, nos parece absoluta porque prepara el terreno a la revolución copernicana de la que hablamos. Si bien en la segunda mitad del texto Panzieri se refiere genéricamente a un uso socialista de las máquinas, en la primera parte había postulado algo más radical: una nueva racionalidad tecnológica, opuesta a la capitalista

El uso capitalista de las máquinas no es la simple distorsión o desviación de un desarrollo objetivo en sí mismo racional, sino que la maquinaria es determinada por el capital, que la utiliza para empujar al máximo la subordinación del trabajo vivo; a decir verdad – agrega – en la mente de los capitalistas el comando y el dominio del trabajo muerto eran una misma cosa (Panzieri 1977, p. 150/151).

En este párrafo tenemos una ecuación muy fuerte: proceso de producción y comando son la misma cosa. La intención de Panzieri es acá poner en cuestión la eternidad de las relaciones de producción postulada por Ricardo y llevar esas relaciones al terreno político. El blanco de su polémica era en lo específico el sindicato de la *Cgil* que a mediados de los años '50 había dirigido su atención a los cambios radicales que se habían verificado desde el punto de vista tecnológico y económico en el país. Unos cambios que acompañaban la nueva fase histórica del milagro económico que estaba viviendo Italia. Para Panzieri, el límite más evidente de los estudios producidos por ese interés, había sido justamente el de no reconocer la profunda interrelación entre tecnología y dominio de clase

Los cambios tecnológicos – escribe - eran así distorsionados en una representación idealizada, despojada de las conexiones concretas con los elementos determinantes de poder de la organización capitalista. Aspectos que caracterizaban la nueva etapa de organización capitalista eran así asumidos como etapas de una objetiva racionalidad (ivi).

Según la perspectiva que compartían la *Cgil* y los partidos del movimiento obrero oficial, la re-estructuración de la forma de producir que llevó a la fábrica automatizada tenía, por lo tanto, una racionalidad que su uso por parte del capital no podía cancelar. Sigue Panzieri:

ni siquiera se sospecha que el capitalismo pueda servirse de las nuevas “bases técnicas” ofrecidas por el pasaje desde etapas precedentes al de mecanización extrema (y de la automatización), para perpetuar y consolidar la estructura autoritaria de la organización de la fábrica (...) se representa todo el proceso de industrialización como dominado por la fatalidad 'tecnológica' que conduce a la liberación del hombre de las “limitaciones impuestas a él por el ambiente y las posibilidades físicas” (ivi, p.155).

Llegados a este punto habrá por lo tanto que tematizar qué implica una concepción instrumental de la técnica, qué implica su neutralidad, si es sustentable en el día de hoy y también si pudieramos pensar en otro tipo de neutralidad que pueda encajar con la época del debate al que nos referimos.

**Concepción instrumental de la técnica.** Es necesario tratar de problematizar esta

noción, para entender en qué nos puede servir a la hora de analizar las formas de producción contemporáneas. Se trata de una concepción que en la época moderna no tiene una fundamentación filosófica rigurosa y que no se puede atribuir a un autor en particular o a un conjunto de autores. Parece más bien un sentido común sobre el papel que la técnica desempeña en la sociedad moderna. Según esta perspectiva, el hombre tendría la tecnología completamente bajo control y decidiría cómo utilizarla. En esta concepción podemos aislar tres postulados fundamentales que nos interesan y que están interconectados. Aunque el primero cobra, para nosotros, mayor interés:

a) El primer punto es la neutralidad de la técnica: es el punto central de nuestro trabajo y, como dijimos arriba, representa el punto en el cual Panzieri rompe con la tradición marxista italiana y que fundamenta la revolución copernicana obrerista. La neutralidad de la técnica implica una separación completa entre medios y fines. Esto presupone un esquema problema-solución en el cual los medios se deciden solamente en función de los fines. Semejante esquema podía tener cierta utilidad en la antigüedad cuando, por ejemplo, el hombre para matar animales tuvo que aprender a construir armas rudimentales. Al contrario, resulta mucho más difícil, si no imposible, pensar de esa manera cuando toda una serie de posibilidades se dan solamente por el hecho de tener a disposición ciertos artefactos tecnológicos, que constituyen el ambiente en que vivimos. El filósofo de la técnica alemán, Friedrich Rapp, sitúa en la revolución industrial el punto después del cual la humanidad se encuentra totalmente condicionada por la técnica y ya no es aplicable en lo absoluto el paradigma instrumental (Rapp 1981).

b) El segundo postulado de esta concepción es la heteronomía de los artefactos, está directamente vinculado con el primero y se trata de alguna manera de su prosecución lógica. Si la técnica es neutral y carece de cualquier valor, todo tipo de peso político de la acción cae sobre la decisión del agente, quien elige un determinado fin. Pensemos en un cuchillo. Lo podemos usar para abrir una manzana y comerla o para acuchillar a un ser humano. En el diseño del cuchillo no está inscrito ningún fin, por lo tanto la acción que se lleva a cabo usándolo depende solamente de la decisión del usuario.

c) El tercer postulado remite a un esquema de acción problema-solución. Este esquema sigue lógicamente los dos primeros postulados e implica la identificación de un problema, así como de una técnica o un conjunto de técnicas que no tienen en sí ningún valor y que podemos usar para resolver un problema x, pero también para resolver un problema y. Medios y fines no están interconectados, el agente tiene que resolver un problema y elige los medios más convenientes.

Nos parece que semejante concepción se vuelve completamente inutilizable en el día de hoy. Entre otras cosas porque, como escribió el filósofo griego-francés Cornelius Castoriadis, pensar en la técnica como neutral, y por lo tanto como un instrumento, nos obligaría a pensar también a un conjunto de necesidades propiamente humanas definidas de una vez y para siempre, y a las cuales el hombre respondería con soluciones progresivamente perfeccionadas a lo largo de la historia. En cambio, para Castoriadis, no hay un punto fijo de las necesidades humanas, porque

el abismo que separa las necesidades del hombre como especie biológica y sus necesidades en tanto ser histórico, está surcado por el imaginario del hombre, pero el instrumento utilizado para surcarlo es la técnica (...) La técnica tomada in toto, no es simple instrumento, y su especificidad co-determina cada vez más lo que es surcado: la necesidad histórica no es definible fuera de su objeto (Castoriadis 2004, p. 57)

Al mismo tiempo nos parece difícil poder atribuir integralmente al movimiento obrero oficial, una concepción como la que tratamos de delinear aquí. Creemos más oportuno encarar de otra manera el problema, introduciendo una diferenciación entre dos tipos de neutralidades: la metodológica y la fáctica, tal como es planteado por Rapp. En su *Filosofía analítica de la técnica*, el filósofo alemán distingue dos tipos de neutralidades: la neutralidad metodológica y la fáctica. Esta división se basa sobre la convicción de que metodológicamente la neutralidad es posible ya que, como escribe Rapp,

los sistemas técnicos creados a través de la utilización de los conocimientos de las ciencias naturales y de la ingeniería pueden ser utilizados para fines cualesquiera dentro del marco de leyes naturales (Rapp 1981, p. 61).

Al mismo tiempo, no podemos afirmar la neutralidad fáctica de los artefactos técnico-tecnológicos. Con esto el filósofo quiere decir que las decisiones técnicas determinan ciertas coacciones objetivas que siguen influyendo en el futuro y no pueden ser neutrales.

Tan pronto como existe un determinado tipo de técnica – escribe – ella “exige” su correspondiente utilización a fin de que verdaderamente haya valido la pena el esfuerzo invertido. Precisamente en los grandes proyectos técnicos, resulta de aquí una considerable capacidad insistente de persistencia porque el camino elegido ya no puede ser abandonado sin consecuencias negativas. De esta manera, de las decisiones técnicas elegidas previamente resultan determinadas “coacciones” objetivas que siguen influyendo en el futuro (ivi, p.62/63).

Quizás sería más productivo pensar la posición de la *Cgil* (y de los partidos comunista y socialista italianos) con las nociones de Rapp, como neutral metodológicamente y no-neutral fácticamente. Y de ahí la diferencia con el obrerismo. Donde el movimiento obrero oficial aceptaba sin poner en cuestión el sistema de fábricas y desplazaba la lucha política a otro lugar, el obrerismo situaba el terreno mismo de la lucha.

**A modo de cierre.** “Se podría llenar un libro con todas las invenciones que después del año 1830 nacieron con el único fin de dotar al capital con armas para combatir las revueltas obreras” (Marx 2008, p. 322) escribe Marx en el capítulo XIII del primer libro de *El Capital*. Lo mismo, desde otra perspectiva, había dicho en forma más dura el ingeniero Andrew Ure, citado por el mismo Marx, quien al hablar de una máquina afirma:

Finalmente los capitalistas trataron de liberarse de esta *inaguantable esclavitud* (es decir, de las inoportunas condiciones del contrato de trabajo), recurriendo a las posibilidades de la ciencia, y fueron inmediatamente *reintegrados en sus derechos*, que son los de la cabeza respecto de las otras partes del cuerpo (Ure, *Philosophy of Manufactures* en Marx 2008, p.322)

Y más adelante, hablando de la invención de otra máquina sigue:

Aquella tenía el objetivo de restablecer *el orden* entre las clases industriales (...) Esta invención prueba nuevamente la *doctrina* (...) según la cual el capital, obligando a la ciencia a ponerse a su servicio, obliga siempre a la docilidad a la mano rebelde del trabajo (*ibidem*)

Si bien estas palabras fueron escritas en 1835, cuando la época de la industrialización recién empezaba, nos dan, según las palabras de Marx, la expresión clásica del espíritu

de la fábrica. En el mismo texto, *Philosophy of manufactures*, Ure plantea la misma tesis que curiosamente fue formulada por los obreristas más de un siglo después. Dirigiéndose a los obreros y hablando del desarrollo de las máquinas, el ingeniero

los alerta de que haciendo resistencia, haciendo huelgas, etc, ellos aceleran dicho desarrollo. “Violentas revueltas de este género”, él dice, “muestran qué tan corta es la inteligencia humana (...) del hombre que *se hace verdugo de sí mismo*” (*ivi*, p.323)

Pensar la técnica como un arma parecería devolvernos a una concepción instrumental de la misma, ya que podemos considerar el arma como un instrumento, ya sea para atacar o defenderse. De hecho en ningún momento el post-obrerismo (pero tampoco el obrerismo) parece apoyarse en una suerte de concepción sustantivista de la técnica, que es la verdadera concepción alternativa a la instrumentalista. La técnica, en tanto forma de producir, es para ellos un instrumento, pero con el cual los capitalistas hacen la lucha de clases. Es un instrumento con el cual enjaulan y disciplinan el trabajo vivo para expropiarlo. Un instrumento que en su mismo diseño está cargado de politicidad, ya que lejos de considerar la política como una esfera separada y autónoma, autores como Virno y Negri la piensan absolutamente inmanente a la producción. Inmanente al terreno atravesado por el antagonismo entre capital y trabajo. En un libro escrito con Felix Guattari a mediados de los '80, Negri dice que

no es cierto que haya un solo camino: el del imperio y de las formas capitalistas y socialistas del trabajo. Su persistencia se debe (...) de manera importante, a nuestra incapacidad de redefinir un proyecto y algunas prácticas de liberación (Negri y Guattari 2010, p.14).

En estas líneas que marcan una distancia de la forma de producir, típica tanto del capitalismo como del socialismo, nos parece sentir el eco del pedido de Panzieri de una racionalidad distinta y vemos ahí el rechazo postobrerista al socialismo como modelo.

## **Bibliografía:**

- Castoriadis C., *Técnica*, Revista Artefacto número 5, Buenos Aires, 2004.
- Guattari F. y Negri T., *Les nouveaux espaces de liberté*, Paris, Lignes, 2010.
- Hardt M. y Negri A., *Impero*, Milano, Rizzoli, 2000.
- Foucault M., *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1992.
- Marx K., *Il Capitale*, Roma, Newton Compton Editori, 2008.
- Panzieri R., *La ripresa del marxismo-leninismo in Italia*, Roma, Nuove edizioni operaie, 1977.
- Rapp, F., *Filosofía analítica de la técnica*, Barcelona, Alfa, 1981.
- Tronti M., *Operai e capitale*, Roma, DeriveApprodi, 2006.
- Virno P., *Gramática de la multitud*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2003.
- Wright S., *Assalto al cielo, per una storia dell'operaismo*, Roma, Edizioni Alegre, 2008.